

## Autopsia

Merced Ontiveros

—Doctor, acabamos de recibir el cuerpo de otra mujer...

—No me diga, enfermera. ¡A estas horas! Son casi las tres de la madrugada. Deseaba irme a casa a dormir un rato. En fin, tendré que tomarme un café para espantar el sueño.

Se sirvió el café y le hizo una seña a la enfermera para que lo siguiera. Caminaron por un pasillo blanco hasta llegar a la morgue. Sobre una plancha de acero yacía el cuerpo desnudo. El doctor tomó un largo sorbo de café. Luego dejó la taza en una esquina de la plancha, muy cerca de la cabeza de la mujer.

—¿Lista para tomar nota enfermera?

—Lista, doctor.

—A ver... Mujer de raza blanca de aproximadamente 29 años, 1.60 de estatura, complexión delgada. Los globos oculares se aprecian opacos y deshidratados.

—Quizá derramó muchas lágrimas. A lo mejor lloró mucho y por largo tiempo, como las otras.

—Calma, calma mi querido Sherlock Holmes. Está apresurando conclusiones.

Se inclinó para analizar el rostro de la mujer que parecía dormir.

—Labios marchitos y caídos en las comisuras, como en un gesto de infinita tristeza.

—O quizá amargura —intervino la enfermera.

—Puede ser, esos gestos son casi imposibles de distinguir uno del otro. Hay rastro de veneno en los labios.

—Quizá fueron los besos con los que el asesino intentó lavar sus culpas. Dicen que esos besos tienen un ligero sabor a hiel. Son como caramelos con un centro de acíbar.

—Enfermera, vea: esto sí es extraño. Tiene la piel erizada como cuando se experimenta mucho frío.

—Pobrecita. Debió ser la ausencia brusca del calor del ser amado. El escalofrío de pensarlo entibiando otro lecho. Le digo: es una más.

—Bueno, prosigamos... Tiene las manos cerradas fuertemente. Ayúdeme a abrirlas.

Cuando consiguen abrirlas, la enfermera se estremece.

—Vaya, tiene el dedo anular de la mano izquierda prácticamente cercenado.

—Así es, doctor. Es el dedo donde se lleva la argolla matrimonial. Mutilado sin remedio, igual que su matrimonio.

—En la palma de la mano derecha, en el lugar donde se quiebra esa línea que las gitanas llaman “la línea del destino” tiene tatuado un nombre.

—Déjeme observarlo, doctor. Sí, es un nombre masculino, está ya borrado por los años. Creo que dice algo así como Roberto... Rodrigo... Ro... No, no se distingue bien.

—Puede ser cualquier nombre, enfermera, eso no tiene importancia. El nombre es lo de menos.

—¿Cómo puede decir eso? Puede ser el nombre de un asesino.

—¿Quién dice que esto es un asesinato? A ver... Es raro, observe estas marcas en el vientre: son quemaduras, como si dentro hubiera tenido brasas al rojo vivo.

—¿Y que tiene eso de raro? Las otras tienen las mismas marcas. Son los celos. Estoy segura. Ya la veo en las noches, revolcándose de dolor con ese fuego consumiendo su vientre, sus entrañas. Es el síndrome del Ave Fénix. Estas mujeres arden en su propia hoguera cada noche y al amanecer resurgen de sus cenizas, dolorosamente vivas.

El médico hizo una pausa, tomó un largo sorbo del humeante café y continuó revisando el cuerpo.

—Vaya, el cerebro muestra una anormalidad. Esto puede indicar que en alguna etapa de su vida esta mujer desarrolló un

comportamiento obsesivo—compulsivo con alto nivel de destructividad...

—Obsesivo, sí. Los objetos y lugares más comunes les llegan a ser intolerables.

—¿Cómo es eso? Explíquelo por favor.

—Imagínese que un buen día, el probable responsable llega a casa de su familia en una estupenda camioneta roja. Las hijas muestran entusiasmo y el hombre las invita a dar una vuelta, pero la esposa recela contra toda lógica y no cree en la explicación que él le da. Decide que no subirá nunca a ese vehículo.

—Comprendo, pero ¿qué tiene que ver eso con las conductas que le mencioné?

—Después se entera que es la camioneta de la “otra”. De ahí en adelante, cada vez que ve una camioneta roja, siente náusea, siente ira, siente ganas de echarles su coche encima. Ahí lo tiene. Ha desarrollado una conducta irracional y obsesiva, y lo mismo puede pasar con el nombre de un pueblo (Balleza, por ejemplo) o con una fecha: 14 de febrero, día en que lo sorprende hablando con ella.

El doctor movió su cabeza de un lado al otro en un gesto desaprobatorio y se dispuso a examinar el corazón.

—¡Asombroso! Tiene una herida arterial en el corazón y sin embargo la epidermis está intacta. No logro identificar el arma. Tal vez una bala de alto calibre, o un cuchillo de sierra, de esos que usan los cazadores para destazar a sus presas.

—Hay un arma tan letal como las que acaba de nombrar, pero infinitamente más sutil, tan sutil que pudo haberle destrozado el corazón sin dejar huella en su piel.

—¿Cuál, enfermera?

—Su nombre, doctor. El nombre de la “otra”, el nombre de la amante pronunciado en boca de aquél a quien esta mujer amaba.

Los dos permanecen callados. El doctor toma su taza y bebe nuevamente.

—Bueno, enfermera terminemos con esto.

—Muy bien doctor ¿Conocemos el nombre de la víctima?  
—No. Pudo haberse llamado de cualquier manera: Guadalupe, Griselda, Manuela... yo que sé.  
—Ajá... Causa del deceso... Infidelidad.  
—¿Infidelidad? ¿Acaso está usted loca? Nadie se muere por eso.  
—Tiene usted razón. Una mujer no se puede morir así como así. Debió ser madre, tenía que cuidar a los hijos, quizá también tenía unos padres enfermos que la necesitaban. ¿Entonces que ponemos como causa de fallecimiento?  
—Infarto masivo del músculo cardiaco.  
—Muy bien, doctor.  
Se alejaron por el pasillo. La enfermera iba callada, el doctor, pensativo. De pronto la enfermera lo toma del brazo.  
—Doctor, pero usted y yo sabemos que...  
—Sí, sí. Pero no se puede asentar infidelidad como causa de fallecimiento en una autopsia legal.  
—¡Ay, doctor! Es que siento pena. Ya hemos recibido tantas en el mismo estado...  
—Lo entiendo, enfermera, lo entiendo. ¿Pero qué le vamos a hacer? Así es la vida. Y nadie nos prometió al nacer que la vida sería fácil. No es ni buena ni mala. Solo es... eso... la vida.